
Natalia ROMÉ. *La posición materialista. El pensamiento de Louis Althusser entre la práctica teórica y la práctica política*, La Plata: EDULP, 2014, 199 pp.

Escribir sobre la obra de otros siempre es un riesgo. Efecto que aumenta cuando se escribe sobre quien ya ha producido una obra aventurada. No sólo por sus apuestas, sino por las derivas e interpretaciones más o menos preestablecidas en un campo que tiende, en muchas ocasiones, a clausurar nuevas discusiones. En ese sentido, “La posición materialista...” es una intervención riesgosa. No cuenta la historia del pensamiento de Louis Althusser en el itinerario de su inscripción teórica, ni biográfica, ni política. Ni siquiera reconstruye esa historia asumiendo que es una manera, entre muchas otras posibles, de dar forma a una serie de ideas, con sus consistencias y sus avatares. El libro de Natalia Romé interviene, llamando a transitar la vitalidad del pensamiento althusseriano en el presente, a partir de la lectura de los síntomas en los márgenes que la propia problemática produce. En palabras de la autora: “No es, en rigor, la *tradición* lo que perseguimos aquí, sino aquello vivo que reverbera y persiste a distancia, donde espectros de la *problemática althusseriana* se agitan más allá del hombre y del recuerdo”.

La principal apuesta del libro es dar cuenta de esa “problemática” en dos frentes: por un lado, hacer visible su presencia *en* el propio trazado de la producción althusseriana, pero también asumiendo que el itinerario se encuentra ya signado por una toma de posición dentro del campo mismo de debates *acerca* de esa producción. Más o menos visible, más o menos reconocida, es indudable que la herencia de esta problemática está presente en muchas cartografías teóricas contemporáneas. Incluso puede pensarse esa “presencia problemática” como eje que organiza ese mapa, ya sea desde su cercanía, ya sea desde su distancia crítica. Romé produce entonces, con este libro, una apuesta epistemológica en un campo que ya parecía haber clausurado, en la segunda mitad del siglo XX, las discusiones acerca de las rupturas y continuidades que convoca, consagrando lecturas que parecían inamovibles.

Si una renovada preocupación por la producción althusseriana tiene hoy lugar, precisamente porque “el presente del pensamiento althusseriano se enuncia en muchas lenguas y se teje con elementos impertinentes a todo *althusserismo*”. Se trata de un proceso que no sólo revisa el recorrido de ese pensamiento sino que, a la vez, de manera implícita o explícita, cuestiona las lecturas posteriores que reprodujeron una matriz más o menos estable de quiebre en todos los frentes. Aquel esquema, tantas veces repetido, que combatía al estructuralismo con sus mismas armas cuestionando la eficacia

de la estructura, no hizo más que confirmar su constitución. Un esquema que había demostrado su eficacia justo ahí donde el pensamiento althusseriano pareció extraviarse en el confinamiento al que lo relegaron sus pares.

Gran parte de los debate en torno a la recepción actual de Althusser ha estado protagonizada por el modo de inscribir su producción teórica de los años '80. Como es sabido, algunos de esos escritos se dieron a conocer recién en publicaciones póstumas (muchos otros siguen todavía inéditos). Pero tal vez este renovado interés se haya dado a partir de esa producción conocida como "materialismo aleatorio" o "filosofía del encuentro" entendida, justamente desde una matriz rupturista que pareció revitalizar a sus lectores póstumos. Esta interpretación puede entenderse o bien como fruto de la exaltación por la novedad, o bien bajo el sesgo oportunista de una "claudicación del marxismo estructuralista", como dice la autora.

En uno u otro caso, la producción althusseriana quedaba presa de una clasificación en la que su "etapa tardía" constituiría el objeto de múltiples interpretaciones. Tanto las lecturas que abonaron al malintencionado intento de justificar el silenciamiento al que había sido condenado, como aquellas que creyeron encontrar en sus enigmáticas afirmaciones signos de una madurez teórica, afianzaron la lógica del esquematismo y la clasificación.

Por el contrario, la apuesta por pensar la "problemática althusseriana" comienza, para Natalia Romé, con una pregunta por la *continuidad* del proceso de producción teórica en Althusser. Sin embargo, el trabajo de lectura que la autora propone, excede una reconstrucción de esa continuidad por la simple oposición a una discusión exegética sobre su clasificación.

El alcance de la "problemática althusseriana" se hace visible allí donde la *continuidad* sólo puede reconocerse como unidad dispersa, en la *heterogeneidad de su producción*. De esta forma, Romé sostiene que la resistencia a sistematizar el pensamiento de Althusser es lo que habilita, por un lado, a pensar la especificidad de la *posición materialista en filosofía*, y al mismo tiempo, permite dimensionar la magnitud de su intervención en el campo filosófico contemporáneo.

En esta dirección, la autora recorre con agudeza las tensiones presentes en los llamamos "textos clásicos" de 1965 (*Para leer El Capital* y *La Revolución teórica de Marx*) en los que aparecen las principales tesis "epistemológicas"; y luego los textos de "autocrítica", escritos entre 1967 y 1974 (*Respuesta a John Lewis*, *Elementos de autocrítica* y *Lenin y la filosofía*, entre otros) para destacar el modo en que la filosofía "desborda el encuadre epistemológico". A contrapelo de una sistematización que lee en ellos una

primera etapa rectificada luego, la autora sostiene que en este cuerpo de textos es posible leer el despliegue de una problemática y sus consecuencias teóricas. Este trabajo de lectura permite así reconocer, al interior de esas consecuencias, el énfasis puesto por Althusser en la pregunta por la *práctica política*. Pero este nuevo terreno engrosa el campo de preguntas sobre el vínculo entre filosofía y ciencia antes que intentar su destierro. Y resulta así “una ampliación del dominio filosófico de la premisa materialista”.

Según Romé, en los primeros escritos de Althusser sobre Marx era ya posible rastrear los elementos que permiten pensar el complejo suelo de lo político, aunque en aquellos se hiciera más hincapié en las consecuencias del acontecimiento del descubrimiento teórico y no necesariamente en una derivación de todos sus presupuestos. Desde esta perspectiva, la pregunta que insiste a lo largo del libro y se desarrolla especialmente en los últimos capítulos es ¿cómo adviene una sociedad? Y a partir de ella: ¿cómo pensar sus prácticas? ¿Cómo interpretar sus hechos? La particularidad del planteo althusseriano es el intento de contestar la pregunta abordando el análisis histórico como lugar de encuentro entre las estructuras y el acontecimiento. En breve, el pensamiento althusseriano resulta “un pensamiento en los límites”, que da cuenta de la función de la filosofía en su estado “práctico”. Una filosofía que no se define ni por la pura repetición de la forma ni por la irrupción del azar *ex nihilo*. El acontecimiento, desde este lugar, es el elemento que contiene en su constitución las claves que anudan las estructuras materiales a la contingencia. La transformación estructural en el seno mismo de su repetición, su corte continuado. Tal como se señaló un poco más arriba, ese mecanismo ya estaba presente en el concepto de *sobredeterminación*. Cuando, a fines de la década del 60, Althusser insistía en dar cuenta de un desajuste en la determinación económica, abriendo una pregunta sobre el estatuto necesario de los acontecimientos históricos, no hacía más que advertir que la historia avanzaba allí donde aparece un desvío, un elemento azaroso. La “autonomía relativa” de las superestructuras ya daba cuenta del hecho histórico como resultado de un desajuste constitutivo, de un encuentro singular entre condiciones objetivas y subjetivas, una torsión entre necesidad y contingencia.

En ese sentido, sugiere Romé que probablemente sea para Althusser el pensamiento de Maquiavelo el que logra conjugar en la figura del Príncipe este materialismo del encuentro. Maquiavelo, no casualmente, persiguió a Althusser a lo largo de su vida y lo obligó a pensar y repensar, una y otra vez, el espacio liminar entre política y teoría. Maquiavelo es pensamiento del encuentro y de la coyuntura, o como puntualiza Romé, de la coyuntura

(*conjoncture*) y la conjunción (*conjonction*). Al fin y al cabo, la confluencia entre la buena ocasión (*la Fortuna*) y el hombre de *Virtu* no son más que la cristalización de esta lógica. El Príncipe se constituye “en ese lugar preciso donde la estructura ‘confiesa su falla productiva’, su nada estructurante” pero que en ese mismo gesto logra la fundación de un Estado y de un Pueblo que es interpelado por un momento histórico determinado.

En definitiva, “La posición materialista...” no es más (ni menos) que la historia de ese desarrollo. El de una filosofía que reclama para sí y en desajuste, a lo largo de toda la obra althusseriana, el lugar de la práctica política. Una práctica que está presente, en estado larvario, en los primeros trabajos y que va tomando distintas formas a lo largo de los diferentes períodos, y a partir de distintas tradiciones e influencias. Que sus lectores, e incluso detractores, hayan visto rupturas, reveses y desvíos, no hace más que confirmar la complejidad en las recepciones. Al fin y al cabo, toda lectura dice más de quien la lleva a cabo que de aquello que efectivamente el autor –si es que esta figura conserva algún sentido– tuvo intenciones de decir.

Este libro entonces, debe pensarse como un aporte original y novedoso toda vez que propone, no sólo una lectura a contramano de las canónicas, sino que rompe con presupuestos que ya habían sido aparentemente superados en el campo de la filosofía política. A caballo entre las discusiones de los post marxistas y los aportes de una teoría del sujeto (transitando el extenso abanico que se abre desde Hegel a Lacan) ahonda justo allí donde la estructura se resquebraja. Y tal vez su originalidad y su riesgo resida justo en señalar el lugar donde se pisa en falso, el espacio vacío que funciona más como hilván que como corte. Curiosa paradoja la de entender que allí donde la tijera opera, lo hace para marcar las lógicas transversales y menos los cambios de perspectiva. A todas luces, el riesgo es grande; apoyar el pie sobre tierra resbaladiza no ha sido un hábito al que los pensadores contemporáneos, nos hayan acostumbrado.

Este itinerario es el que demarca la intervención de este libro. Resta señalar cuál es su riesgo.

La posición materialista que la autora llama a heredar es precisamente la del “espacio de *desajuste* entre un sistema y sus formas discursivas”. La lectura filosófica que despliega Althusser mismo es la que ofrece, a la manera de un legado, el modo de intervenir sobre su propio pensamiento. Arriesgarse a pensar al calor de ese *desajuste* es “hacer pensable ese espacio de politicidad en el que una apuesta en la teoría se enfrenta a una cierta desmesura”.

Foucault dijo alguna vez, “más de uno, como yo, escribe para perder el rostro”. Más de uno, y sin embargo unos pocos, asumen el desafío con la rigurosidad de producir un “legado inacabado”.

No es osadía, es audacia. Ése es el riesgo que invita a ser leído en la politicidad que le es inherente.

Ingrid Sarchman y Carolina Collazo

gridsar@gmail.com

carolina_collazo@yahoo.com.ar